

*- Cuadernillo de Poesía Colombiana -*

48

**José  
Eusebio  
Caro**

EDICIONES DE

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

## P R E S E N T A C I O N :

Por Eduardo Carranza

*Hace un siglo, el romanticismo enardecía a todas las juventudes europeas, deliraba en las sienas de las mujeres, y como un fervoroso viento cargado de gérmenes abría de par en par las puertas del olvidado mundo del corazón. Con él volvían a la tierra la nostalgia y el ensueño. Un afán de aventura espoleaba los espíritus. De las estrellas llovía, tenuemente, la melancolía. Y el hermoso y tempestuoso Lord Byron proclama al corazón rey del mundo. Manfredo se revuelve contra el cielo, y Don Juan profiere sarcasmos bajo su capa escarlata. Regresaban al mundo la fantasía y el dolorido sentir.*

*Como reacción contra el tipo recortado, gris y prosaico del burgués surge contemporáneamente un nuevo estilo de héroe demoníaco y a la desesperada. Un héroe que vive a ráfagas y con el corazón siempre en vilo. De otra parte, los amantes se pasean enlazados por el talle entre las tumbas o por la orilla del océano y se alejan por la infinita avenida de cipreses.*

*Es éste el ambiente vital y estético que enmarca e informa la poesía y la existencia de José Eusebio Caro. Nuestro gran romántico reducirá la filosofía ambiental y las vivencias de su tiempo a sustancia personal y les dará expresión en idioma cristiano, colombiano, hispánico.*

*El esclarecido linaje de los Caros se halla tan entrañablemente vinculado a la historia de nuestra Patria, que bien puede decirse que la crónica de esa familia se confunde, a trechos, con la historia de Colombia. Así como se ha hablado de la función representativa de algunas individualidades heroicas en el destino de los pueblos, puede hablarse también del influjo decisivo que sobre aquél ejercen algunas familias de poderosa vocación dominadora. Tal el caso de los Caros en Colombia.*

*Nace José Eusebio Caro en Ocaña de Colombia el año de 1817, cuando tocaba ya a su fin la gesta libertadora. Llega a la mayor edad en el momento en que, entre las convulsiones de nuestro patético y lluvioso siglo XIX americano, se organizan las nuevas repúblicas, ya desaparecido el genio tutelar de Bolívar. Niño todavía pierde a su padre en circunstancias dramáticas. Vive una estudiosa adolescencia en la docta ciudad de Santa Fe de Bogotá. Doctos varones le comunican el gusto por las disciplinas clásicas y el amor inteligente a los grandes*

modelos grecolatinos. Pero al mismo tiempo el huracán romántico había traspuesto los Pirineos y, saltando sobre el mar, volaba por el aire propicio de la América recién liberada. Está dotado Caro de una inextinguible y ávida curiosidad intelectual. Lee a los románticos ingleses y franceses, particularmente a los primeros. Ya en edad muy juvenil escribe sus primeros poemas, apasionados, turbadores, meditabundos, extraordinariamente modelados, sorprendentes en el ambiente seudoclásico que le rodea. A los veinte años es un poeta hecho, en la plenitud de sus dones, recursos y designios. Y ya desde los veinte años el amor y la política le enardecen y le alzan como dos alas. Su vida se vió llena de contradicciones. Padeció incluso destierros políticos y campañas militares. Tiene su existencia una orla fascinadora de amor y de aventura.

La muerte sorprendió a José Eusebio Caro en las playas de Santa Marta, cuando regresaba para reincorporarse a su hogar tan amado, a la vida literaria y a las luchas civiles de la Nueva Granada. Una fulminante fiebre epidémica le abatió en pocos días. Murió el 28 de enero del año 1853, a los treinta y seis años de edad. Su cuerpo fue sepultado en un cementerio rústico cercano al mar Atlántico. Al poco tiempo una tempestad invadió y arrastró el cementerio marino. Los despojos de Caro desaparecieron para siempre. Se cumplía el vaticinio escrito por él.

Confluían en José Eusebio Caro, logrando una bella y difícil unidad humana, una mente filosófica, un espléndido conductor político y un gran poeta ("lírico genial" le llamó Menéndez y Pelayo). Nos ocuparemos exclusivamente del poeta. Cuatro vetas hay en su obra. Hay en Caro un poeta civil que esgrime su poesía en defensa de su credo político. Hay un poeta nacional, que en la patria o en el destierro supo cantar bellamente y reducir a versos emocionados, nostálgicos, fragantes, nuestra tierra colombiana. En algunos de estos poemas se respira el aire de nuestra Patria, se respira el aire tierno, dorado, florido, del huerto de la infancia con su olor de azahar.

Hay una tercera veta en la poesía de Caro: es la del gran lírico amoroso. Pero en él, como en todos los grandes líricos del amor en nuestra lengua, se expresan, estrechamente enlazados el afán del corazón y el sentimiento de lo perecedero. La cuerda del llanto de las elegías acompaña el son de sus canciones amorosas. Y la sensación de nuestros límites —el tiempo y el espacio— pone una humedad de lágrimas y un dejo suspirante en sus poemas.

Escribe Caro, al lado de sus grandes odas, entonadas en alta voz, tiernas canciones de acento confidencial y con ellas inicia y anuncia el mejor romanticismo: el romanticismo selecto, asordinado, en tono menor, a lo Bécquer, a lo José Asunción Silva.

Hay también en Caro un hondo elegíaco. Escribe algunas graves lamentaciones, como aquéllas, muy juveniles, a la memoria de su padre, que cierra este verso magistral: "Y espera en ti mi amor, que en nada espera". Pero casi toda su poesía es de carácter elegíaco. Al enamorado, al desterrado, le duelen la ausencia y la lejanía. Le duele a Caro la herida del infinito. Pero esta congoja metafísica no se resuelve en desesperación. Se torna cristiana conformidad y ansia de inmortalidad. Hay una estrofa suya en la que parece resonar el último eco de la lira de Manrique:

Mientras tenemos, despreciamos;  
sentimos después de perder,  
y entonces aquel bien lloramos  
que se fué para no volver.

Se ha hablado de la poesía filosófica de Caro. La verdad es que nuestro poeta jamás intenta (salvo en alguna composición de carácter político y polémico) exponer ideas o defender un sistema dado. Ocurre sólo que allí, como en la obra de todo lírico verdadero, corre el pensamiento cual una secreta y generosa circulación.

Otras muy varias reflexiones suscita la obra de Caro (obra breve y juvenil, como que fue casi toda ella escrita entre los veinte y los treinta años del poeta, de 1835 a 1843), tan esencial y medular. Cabría extenderse, por ejemplo, sobre sus anticipaciones a Bécquer, a Darío, al modernismo general y aun al simbolismo; cabría disertar acerca de la variedad y riqueza de su métrica, sobre las combinaciones estróficas y los ritmos que ensayó o restauró.

El romanticismo significó, generalmente, desorden y furia expresiva, incontinencia verbal, elocuencia, música facilona e impudor cordial. Caro hace, en este aspecto, una de las contadas excepciones. En él se alían el fuego romántico y la clásica contención. Caro sabe gobernar sus fuegos: es un romántico clásico y con ello se integra a una constante tradicional de la poesía colombiana.

Aún ahora, desaparecidos nuestros grandes humanistas del 900, sigue latiendo su influjo en la cultura colombiana, y la poderosa emanación de su recuerdo y de sus obras configura y determina todavía, en cierto sentido, el carácter de nuestra actividad espiritual dotándola de una signatura clásica y de un ímpetu hacia la jerarquía, hacia el orden, hacia el equilibrio, hacia la música de las estrellas.

Nuestra Grecia y nuestra Roma nos llegan al través de España y repensadas en lengua de Castilla. A la cristiana y a la castellana. Han pasado antes por el huerto horaciano de Fray Luis de León, por

la secreta escala de San Juan de la Cruz y por la piedra normativa de El Escorial. Y ese humanismo colombiano, americano, hispanoamericano, se funda, como el humanismo español, sobre la unidad teológica definida por Laínez, sobre la unidad del hombre defendida por Vicería a la que corresponde la unidad geográfica realizada por Elcano y, en cierto modo, por Balboa, pues desde la cima de una montaña colombiana ojos cristianos y occidentales vieron por vez primera la patética vastedad del Océano Pacífico. Sirvanos la memoria egregia de Caro para reafirmar nuestra fe en el humanismo hispanoamericano.

José Eusebio Caro es el gran poeta inicial de nuestra Patria. Sobre su obra reposa la poesía colombiana. La tradición que inicia Caro se prolongará luego dignamente en Pombo, en Fallón, en Núñez, en Silva, en Casas, en Valencia, en Barba Jacob, en Castillo, en Rivera, en Maya, en Pardo García, en Umaña Bernal, en Juan Lozano, en Angel Montoya y en Antonio Llanos.

Caro es un clarísimo ejemplar ya no solamente de la raza colombiana, sino de Hispanoamérica, de nuestro mundo hispánico, de esa vasta y poderosa confraternidad de almas que se alza sobre el nivel de la historia. Las extraordinarias virtudes de Caro como hombre, como poeta, como conductor político son virtudes de la raza colombiana, hispanoamericana, española. Al celebrar a Caro celebramos también a la lengua castellana, que es la frontera esencial de nuestras patrias. Defendiendo la lengua defendemos nuestro ser nacional hispanoamericano y defendemos a la idea de fraternidad hispánica. Porque la lengua es también la patria del alma.

## EL CIPRES

¡Arbol sagrado, que la obscura frente,  
inmóvil, majestuoso,  
sobre el sepulcro humilde y silencioso  
despliegas hacia el cielo tristemente!  
Tú, sí, tú solamente  
al tiempo en que se duerme el rey del mundo  
tras las altas montañas de occidente,  
me ves triste vagando  
entre las negras tumbas,  
con los ojos en llanto humedecidos,  
mi orfandad y miseria lamentando.  
Y cuando ya de la apacible luna  
la luz de perla en tu verdor se acoge,  
sólo tu tronco escucha mis gemidos,  
sólo tu pie mis lágrimas recoge.

¡Ay! hubo un tiempo en que feliz y ufano  
al seno parteral me abandonaba;  
en que con blanda mano  
una madre amorosa  
de mi niñez las lágrimas secaba...  
¡Y hoy, huérfano, del mundo desechado,  
aquí en mi patria misma  
solitario viajero,  
desde lejos contemplo acongojado  
sobre los techos de mi hogar primero  
el humo blanquear del extranjero!  
Entre el bullicio de los pueblos busco  
mis tiernos padres para mí perdidos.  
¡Vanamente!... los rostros de los hombres  
me son desconocidos.  
Y sus manes, empero, noche y día  
presentes a mis ojos afligidos  
contino están, contino sus acentos  
vienen a resonar en mis oídos.

¡Sí funeral ciprés! Cuando la noche  
con su callada sombra te rodea;  
cuando escondido el solitario buho  
en tus oscuros ramos aletea,  
la sombra de mi padre por tus hojas  
vagando me parece,  
que a velar por los días de su hijo

del reino de los muertos se aparece.

Y si el viento sacude impetuoso  
tu elevada cabeza,

ya su furor con susurrar medroso  
respondes pavoroso;  
en los tristes silbidos  
que en torno de ti giran,  
a los paternos manes  
escucho que dulcísimos suspiran.

¡Árbol augusto de la muerte! ¡Nunca  
tus verdes abata el bóreas ronco!  
¡Nunca enemiga, venenosa sierpe  
se enrosque en torno de tu pardo tronco!

¡Jamás el rayo ardiente  
abrás tu alta frente!  
¡Siempre inmóvil y sereno  
por las cóncavas nubes  
oigas rodar el imponente trueno!

Vive, sí, vive; y cuando ya mis ojos  
cerrar el dedo de la muerte quiera,  
cuando esconderse, mire en occidente  
al sol por vez postrera,  
moriré sosegado  
a tu tronco abrazado.

Tú mi sepulcro ampararás piadoso  
de las roncadas tormentas;  
y ceniza entonces agradecida,  
en restaurantes jugos convertida,  
por tus delgadas venas penetrando,  
te hará reverdecer, te dará vida.

Quizá sabiendo el infeliz destino  
que oprimió mi existencia desdichada,  
sobre mi pobre tumba abandonada  
una lágrima vierta el peregrino.

## EL HACHA DEL PROSCRITO

¡Fina brillas, hacha mía,  
ancha, espléndida, cortante,  
que abrirás la frente al toro  
que probar tu filo osare!  
En los bosques para siempre

voy contigo a sepultarme:  
que los hombres ya me niegan  
una tumba en sus ciudades.  
En mi patria me expulsaron  
de la casa de mis padres.  
¡Y hoy también el extranjero  
me ha cerrado sus hogares!  
¡Vámos, pues, que ya estoy listo!...  
¡Oh, salgamos de estas calles,  
do el dolor del desterrado  
nadie entiende ni comparte.  
¡Ay, tú me entretenías  
en mi niñez:  
¡Vén, sígueme en los días  
de mi vejez!

Yo, durante nuestra fuga,  
tengo al hombre de llevarte,  
y un bordón en ti, y apoyo  
hallaré cuando me canse.  
De través sobre el torrente  
que mi planta en vano ataje,  
tú echarás del borde el árbol  
por el cual descalzo pase.  
Si del monte al viento frío  
mis quijadas tiritaren,  
tú derribarás los ramos  
y herirás los pedernales.  
Tú prepararás mi lumbre,  
tú prepararás mi carne,  
la caverna que me acoja,  
y hasta el lecho en que descanse.  
¡Ay, tú me entretenías  
en mi niñez:  
¡Ayúdame en los días  
de mi vejez!

A mí alcance y a mi diestra  
muda, inmóvil, formidable,  
me harás guardia cuando el sueño  
en mis párpados pesare.  
Si del tigre el sordo paso,  
si el clamor de los salvajes,  
acercándose en la noche  
del peligro me avisaren,  
en mi mano apercibida

te alzarás para el combate;  
y del triunfo o la derrota  
siempre llevarás tu parte.  
¡Ay! la luz del nuevo día  
nos verá en otros lugares;  
débil yo, cansado y triste,  
roja tú con fresca sangre.  
¡Ay, tú me entretenías  
en mi niñez:  
¡Defiéndeme en los días  
de mi vejez!

De camino veré a veces  
las lejanas capitales  
relumbrar al tibio rayo  
de los soles de la tarde.  
Y esos rayos vespertinos  
jugarán al reflejarse,  
cual relámpagos de oro  
en tu hierro centelleante.  
O del mar a la otra orilla,  
los pies sueltos en el aire,  
cantaré yo al sol y al viento  
de la patria los romances;  
y a la roca tú de lomo  
sin cesar dando en la base,  
el compás irájs notando  
con tus golpes resonantes.  
¡Ay, tú me entretenías  
en mi niñez:  
¡Consuélame en los días  
de mi vejez!

¡Sí, consuelo del proscrito!  
¡Oh, jamás aquí le faltes!  
¡Ay, de cuanto el triste llora,  
Si es posible, veces hazle!  
Patria, amigos, madre, hermanos,  
tiernos hijos, dulce amante;  
¡Cuanto amé, cuanto me amaba  
vas tú sola a recordarme!  
¡No abandones al proscrito  
sin que al fin su tumba escaves!  
¡Por el mango hundida en tierra,  
tú hoja se alzaré en los aires,  
de los picos de los buitres

defendiendo mi cadáver.  
Ay, tú me entretenías  
en mi niñez:  
¡Sepúltame en los días  
de mi vejez!

## LA DESPEDIDA DE LA PATRIA

Lejos ay! del sacro techo  
que mecer mi cuna vió,  
yo, infeliz proscrito, arrastro,  
mi miseria y mi dolor.  
Reclinado en la alta popa  
del bajel que huye veloz,  
nuestros montes irse miro  
alumbrados por el sol.  
Adiós, Patria! Patria mía,  
aún no puedo odiarte, adiós!

A tu manto, cual un niño,  
me agarraba en mi aflicción;  
mas colérica tu mano  
de mis manos lo arrancó:  
y en tu saña desoyendo  
mi sollozo y mi clamor,  
más allá del mar tu brazo  
de gigante me lanzó!  
Adiós, Patria! Patria mía,  
aún no puedo odiarte, adiós!

De hoy ya más, vagando triste  
por antípoda región,  
con mi llanto al pasajero  
pediré el pan del dolor:  
de una en otra puerta el golpe  
sonará de mi bastón.  
¡Ay! En balde! ¿En tierra extraña  
quién conocerá mi voz?  
Adiós, Patria! Patria mía,  
aún no puedo odiarte, adiós!

Ah! De tí sólo una tumba  
demandaba humilde yo!  
Cada tarde la excavaba

al postrer rayo del sol.  
"Ve a pedirla al extranjero!"  
Fue tu réplica feroz;  
y llenándola de piedras,  
tu planta la destruyó.  
Adiós, Patria! Patria mía,  
aún no puedo odiarte, adiós!

En un vaso un tierno ramo  
llevo de un naranjo en flor.  
¡El perfume de la patria  
aún aspiro en su botón!  
El, mi huesa con su sombra  
cubrirá: y entonces yo  
dormiré mi último sueño  
de sus hojas al rumor!  
Adiós, Patria! Patria mía,  
aún no puedo odiarte, adiós!

## LA LIBERTAD Y EL SOCIALISMO

### (Fragmento)

¡Oh libertad, tres veces santo nombre,  
del alma la más bella aspiración!  
¡Tiempo vendrá que al porvenir asombre,  
te haya insultado alguna vez el hombre  
con tal profanación!

¡Oh libertad, yo puedo alzar la frente,  
y bendecirte al son de mi laúd:  
que desde niño amaba en tí mi mente  
el bien mayor que dió a la humana gente  
el Dios de la virtud!

Con la virtud en mí te confundías,  
con la justicia, con la dulce paz.  
¡Jamás, cuando ante mí resplandecías,  
manchadas con el crimen me traías  
tus manos ni tu faz.

A amarte pura me quedé enseñado;  
por tu pureza te conozco bien;  
mi corazón me anuncia tu reinado

como la imagen del glorioso estado  
del hombre en el edén.

Los hombres todos por su sér iguales  
ante una ley de universal amor,  
y sólo por sus obras desiguales,  
como lo son sus obras inmortales  
delante del Señor...

Todos seguros en los varios modos  
con que a su bien, sin daño ajeno van;  
sí: todos libres, responsables todos,  
sin distinción de títulos ni apodos  
que orgullo y odio dan...

El justo, blanco o negro, hermoso o feo,  
estrecho u opulento en su vivir,  
inglés o chino, jesuíta, hebreo...  
¡Y aun el cegado inofensivo ateo,  
pudiendo en paz dormir!

Y el malo, sólo por la ley herido,  
por lo que ha hecho. ¡Por lo que es, jamás!  
¡Y herido sin rigor, y garantido  
contra su mismo juez; juez sometido  
a un juez mayor detrás!

El hombre, nunca al hombre degradando,  
rey de sí mismo y de sus cosas rey!  
¡El fin del hombre el fin de Dios llenando!  
¡La ley del hombre, santa, reflejando  
de Dios la santa ley!

¡Eso es la libertad: la que he previsto  
entre los raptos de mi ardiente edad;  
la que en la tierra del Franklin he visto;  
la que me ofrece en sus promesas Cristo:  
esa es la libertad!

## SOCIEDAD Y SOLEDAD

Sabes quién soy? Oh dulce amiga mía!  
Quiéres saber lo que otro tiempo fuí,  
y lo que soy, y lo que ser podría,

y cuánto duerme oculto dentro en mí?

Quiéres sondar los senos de mi alma,  
sacar a luz y conocer mi amor,  
y de la mar, que has visto sólo en calma,  
ver la tormenta en todo su esplendor?

Oh! Cada noche, haciendo larga rueda,  
con doce más, en tu oriental sofá,  
antes que hurtar mi puesto nadie pueda,  
cerca de ti me ves sentado ya.

Mas, mientras gira en torno y a mi lado  
el dulce hablar y el dulce sonreír,  
yo permanezco estúpido y callado  
como el que nada tiene que decir.

Es que a otro mundo entonces tú me llevas;  
es que mi alma siento engrandecer;  
es que de pronto en mí potencias nuevas  
siento agitarse y completar mi sér!

Si entonces yo, sin más rubor, gritara,  
si reventar dejara el corazón,  
de inolvidable asombro os penetrara  
ese grande rugido de león!

Es de noche: a la luz de las estrellas,  
cuando el matiz de fuego y de arrebol  
ya está borrado de las vivas huellas  
que, al irse, estampa en occidente el sol.

Es de un peñasco en la escarpada altura,  
de donde puedo libre contemplar  
los verdes campos, la montaña oscura,  
el cielo azul, la inmensidad del mar.

Es, pues, allí y entonces, amada mía,  
cuando conmigo y Dios no más estoy,  
y mi ser brilla en pleno mediodía,  
y me aparezco a mí tal cual yo soy!

Nadie me ha visto así transfigurado!  
Mi propia forma yo no más la sé:  
que torno a entrar apenas en poblado  
y nada resta de lo que antes fue!

Sólo en mis cantos vive algún diseño  
de esa gloria de noche y soledad,  
como del niño en el primer ensueño  
aun luce la reciente eternidad!

Guarda mis cantos dulce amiga mía!  
Esa es mi herencia que te lego a tí;  
cuando en el mundo no me mire el día,  
quede a lo menos ese son de mí!

## EL BAUTISMO

— I —

Ven, y en las vivas fuentes del bautismo  
recibe, oh niño, de cristiano el nombre;  
nombre de amor, de ciencia, de heroísmo,  
qué hace en la tierra un semidiós del hombre!

Los hombres que esas aguas recibieron,  
con su espíritu y brazo subyugaron  
la inmensa mar que audaces recorrieron,  
los mundos que tras ella adivinaron!

Potentes más que el genitor de Palas,  
al rayo señalaron su camino;  
y a los vientos alzándose sin alas,  
siguieron sin temblar su torbellino.

Ellos al Leviatán entre cadenas  
sacan de los abismos con su mano,  
y pisan con sus plantas las arenas  
del fondo de coral del océano.

Cristianos son los que esas formas bellas  
con que el Creador engalanó a Natura,  
obligan a vaciar sus blandas huéllas  
en instantánea, nítida pintura.

De un hilo con la curva retorcida  
los cabos juntan de un inerte leño...  
¡Y el secreto perturban de la vida,  
y agitan al cadáver en su sueño!

Y tú también, también eras cristiano,  
tú que dijiste, contemplando el cielo:  
"Ya mis ojos no alcanzan, pobre anciano;  
yo rasgaré del firmamento el velo!"

Y en el aire elevando dos cristales,  
vuelta a Venus la faz, puesto de hinojos,  
los ojos que te hiciste fueron tales  
que envidiaron las águilas tus ojos!

Y era cristiano aquel que meditando  
en el retiro de modesta estancia,  
sin afán, sin error, pesó, jugando,  
los planetas y el sol en su balanza!

## — II —

Oh prenda de mi amor, dulce hijo mío!  
Cuando en edad y para el bien crecieres,  
(y en el gran Padre Universal confío,  
vivirás para el bien lo que vivieres),

Serio entonces quizá, meditabundo,  
de ardor de ciencia y juventud llevado,  
quieras curioso, visitando el mundo,  
juzgar lo que los hombres han fundado:

Conocerás entonces por ti mismo,  
verán tus ojos, palparán tus manos,  
lo que puede el milagro del bautismo  
en los que el nombre llevan de cristianos.

Sí! Do naciones prósperas hallares,  
sujetas sólo a moderadas leyes  
que formaron senados populares,  
y que obligan a súbditos y a reyes:

Do el hombre vieres respetar al hombre,  
y a la mujer como a su igual tratada,  
modesta y libre, sin que al pueblo asombre  
viva fiel sin vivir esclavizada:

Do vieres generosos misioneros,  
sin temor de peligros ni de ultrajes,

abandonar la patria placenteros  
para llevar la luz a los salvajes:

Do vislumbrares púdicas doncellas,  
de oscuro hospicio entre las sombras vagas,  
curando activas con sus manos bellas  
de los leprosos las hediondas llagas:

Do puedas admirar instituciones  
que embriagan al inválido, al desnudo,  
que amansan al demente sin prisiones,  
que hacen al ciego ver y hablar al mundo:

Do vieres protegido al inocente,  
castigado el perverso con cariño,  
respetado el anciano inteligente,  
asegurado el porvenir del niño:

Allí do hallares libertad y ciencia  
misericordia, caridad, justicia,  
dominando del pueblo la conciencia,  
de la industria calmando la codicia:

Allí do respetándose a sí mismo  
vieres al hombre amar a sus hermanos,  
podrás clamar: "Honor al cristianismo,  
que éstos no pueden ser sino cristianos!"

### — III —

Esos serán cristianos! Herederos  
de la virtud y del antiguo nombre  
de aquellos doce pobres compañeros  
del que se hizo llamar Hijo del Hombre.

De Aquel que en un establo fue nacido,  
de un artesano en el taller criado,  
de los grandes del mundo perseguido,  
y al fin cual un ladrón crucificado.

Que nada de su mano que se lea  
nos dejó, ni viajó por las naciones;  
y adolescente al pueblo de Judea  
dió tres años no más sus instrucciones.

Y cuyo Verbo empero más fecundo  
fue que el centro y la espada de los reyes:  
Con los siglos creció! Renovó el mundo!  
Cambió costumbres, religiones, leyes!

## H E C T O R

Al sol naciente los lejanos muros  
de la divina Troya resplandecen;  
los griegos a los númenes ofrecen  
sobre las aras sacrificios puros.

Abrese el circo; ya sobre los duros  
ejes los carros vuelan, desaparecen;  
y al estrépito ronco se estremecen  
de la tierra los quicios mal seguros.

Al vencedor el premio merecido  
otorga Aquiles; el Olimpo suena  
con el eco del triunfo conmovido.

¡Y Héctor, Héctor, la faz de polvo llena,  
en brazos de la muerte adormecido,  
yace olvidado en la sangrienta arena!

## UNA LAGRIMA DE FELICIDAD

Solos ayer sentados en el lecho  
do tu ternura coronó mi amor,  
tú, la cabeza hundida entre mi pecho;  
yo, circundado con abrazo estrecho  
tu talle encantador.

Tranquila tú dormías, yo velaba.  
Llena de los perfumes del jardín,  
la fresca brisa por la reja entraba,  
y nuestra alcoba toda embalsamaba  
de rosa y de jazmín.

Por cima de los árboles tendía  
su largo rayo horizontal el sol,  
desde el remoto ocaso do se hundía;

inmenso, en torno de él, resplandecía  
un cielo de arrebol!

Del sol siguiendo la postrera huella,  
despersas al acaso, aquí y allí,  
asomaban, con luz trémula y bella,  
hacia el oriente alguna y otra estrella  
sobre un fondo turquí.

Ningún rumor, o voz, o movimiento  
turbaba aquella dulce soledad;  
sólo se oía susurrar el viento,  
y oscilar, cual un péndulo, su aliento  
con plácida igualdad!

¡Oh, yo me estremecí!... Sí; de ventura  
me estremecí, sintiendo en mi redor  
aquella eterna, fúlgida natura!  
¡En mis brazos, vencida tu hermosura!  
¡En mi pecho, el amor!

Y, cual si alas súbito adquiriera,  
o en las suyas me alzara un serafín,  
mi alma rompió la corporal barrera,  
y huyó contigo, de una en otra esfera,  
con un vuelo sin fin!

Buscando allá con incansable anhelo  
para tí, para mí, para los dos,  
del tiempo y de la carne tras el velo,  
ese misterio que llamamos cielo,  
la eternidad de Dios!

Para fijar allí, seguro y fuerte,  
libre de todo mundanal vaivén,  
libre de los engaños de la suerte,  
libre de la inconstancia y de la muerte,  
de nuestro amor el bien!

Y en un raptó de gloria, de improvisó,  
lo que mi alma buscaba, hallar creí;  
una secreta voz del paraíso  
dentro de mí gritóme: ¡Dios lo quiso:  
sea tuya allá y aquí!

Y enajenado, ciego, delirante,

tu blando cuerpo que el amor formó,  
traje contra mi pecho palpitante...  
y en tu faz un lágrima quemante  
de mis ojos cayó!

Ay! despertaste... Sobre mí pusiste  
tu mirada feliz al despertar;  
mas tu dulce sonrisa en ceño triste  
cambióse al punto que mis ojos viste  
aguados relumbrar!

De entonces acá ¡oh amante idoltrada,  
mas sobrado celosa! huyes de mí;  
si a persuadirte voy, no escuchas nada  
o de sollozos clamas sofocada:

¡Yo soy tuya... ¡y llora así!

¡Oh no, dulce mitad del alma mía!  
No injuries de tu amigo el corazón.

Ay! Ese corazón en la alegría  
sólo sabe llorar, cual lloraría  
el de otro en la aflicción!

El mundo, para mí de espinas lleno,  
jamás me dió do reclinar mi sien;  
hoy, de la dicha en mi primer estreno,  
el lloro que vertí sobre tu seno  
encerraba un edén!

Oh! La esposa que joven y lozana  
diez hijos a su esposo regaló,  
y que después de viuda, enferma, anciana,  
a sus diez hijos en edad temprana  
morir y enterrar vió:

Esa mujer, que penas ha sufrido  
cuantas puede sufrir una mujer!  
Esa madre infeliz, que ha padecido  
lo que tan sólo la que madre ha sido  
alcanza a comprender:

Ella, pues, cuando a buenos y a malvados  
llame a juicio la trompa de Jehová,  
sus diez hijos al ver resucitados,  
al volver a tenerlos abrazados...

¡Oh, de amor llorará!

Y de esa madre el dulce y tierno llanto  
a la diestra de Dios la hará subir,  
y tal será su suavidad y encanto,  
que en su alta gloria al serafín más alto  
de envidia hará gemir!

Mas ese llanto del amor materno,  
vertido en la presencia del Señor,  
al entrar de la vida al mundo eterno,  
no, no será más dulce ni más tierno  
que el llanto de mi amor!

### EN BOCA DEL ULTIMO INCA

Ya de los blancos el cañón huyendo,  
hoy a la falda del Pichincha vine,  
como el sol vago, como el sol ardiente,  
como el sol libre!

Padre sol, oye! Por el polvo yace  
de Manco el trono; profanadas gimen  
tus santas aras; yo te ensalzo solo,  
solo más libre!

Padre sol, oye! Sobre mí la marca  
de los esclavos señalar no quise  
a las naciones; a matarme vengo,  
a morir libre!

Hoy podrás verme desde el mar lejano,  
cuando comiences en ocaso a hundirte,  
sobre la cima del volcán tus himnos  
cantando libre.

Mañana solo, cuando ya de nuevo  
por el oriente tu corona brille,  
tu primer rayo dorará mi tumba,  
mi tumba libre!

Sobre ella el cóndor bajará del cielo;  
sobre ella el cóndor que en las cumbres vive  
pondrá sus huevos y armará su nido,  
ignoto y libre!

## ESTAR CONTIGO

Oh! ya de orgullo estoy cansado,  
ya estoy cansado de razón;  
déjame, en fin, hable a tu lado  
cual habla sólo el corazón!

No te hablaré de grandes cosas;  
quiero más bien verte y callar,  
no contar las horas odiosas,  
y reír oyéndote hablar!

Quiero una vez estar contigo,  
cual Dios el alma te formó;  
tratarte cual a un viejo amigo  
que en nuestra infancia nos amó.

Volver a mi vida pasada,  
olvidar todo cuanto se,  
extasiarme en una nada,  
y llorar sin saber por qué!

Ah! para amar Dios hizo al hombre!  
Quién un hado no da feliz,  
por esos instantes sin nombre  
de la vida del infeliz,

cuando, con la larga desgracia  
de amar doblado su poder,  
toda su alma ardiendo vacía  
en el alma de una mujer?

Oh padre Adán! Qué error tan triste  
cometió en ti la humanidad,  
cuando a la dicha preferiste  
de la ciencia la vanidad!

¿Qué es lo que dicha aquí se llama  
sino no conocer temor,  
y con la Eva que se ama,  
vivir de ignorancia y de amor?

Ay! mas con todo así nos pasa;  
con la patria y la juventud,  
con nuestro hogar y antigua casa,

con la inocencia y la virtud!

Mientras tenemos despreciamos,  
sentimos después de perder;  
y entonces aquel bien lloramos  
que se fue para no volver!

## EN ALTA MAR

Céfiro! Rápido lánzate! Rápido empújame y vivo!  
Más redondas mis velas pon: del proscrito a los lados,  
haz que tus silbos susurren dulces y suspiren!  
Haz que pronto del patio suelo se aleje mi barco!

Mar eterno! Por fin te miro, te oigo, te tengo!  
Antes de verte hoy, te había ya adivinado!  
Hoy en torno mío tu cerco por fin desenvuelves!  
Cerco fatal! Maravilla en que centro siempre yo hago!

Ah! que esta gran maravilla conmigo forma armonía!  
Yo, proscrito, prófugo, infeliz, desterrado,  
lejos voy a morir del caro techo paterno,  
lejos, ay! de aquellas prendas que amé, que me amaron!

Tanto infortunio sólo debe llorarse en tu seno;  
quien de su amor arrancado y de patria y de hogar y de hermanos,  
solo en el mundo se mira, debe primero que muera,  
darte su adiós! y, por última vez, contemplarte, oceano!

—Yo por la tarde así, y en pie de mi nave en la popa,  
alzo los ojos— miro! —sólo tú y el espacio!  
Miro al sol que, rojo, ya medio hundido en tus aguas,  
tiende, rozando tus crespas olas, el último rayo!

Y un pensamiento de luz entonces llena mi mente:  
pienso que tú, tan largo, y tan ancho, y tan hondo, y tan vasto,  
eres con toda tu mole, tus playas, tu inmenso horizonte,  
sólo una gota de agua, que rueda de Dios en la mano!

Luego, cuando en hosca noche, al son de la lluvia,  
poco a poco me voy durmiendo, en mi patria pensando,  
sueño correr en el campo do niño corrí tantas veces,  
ver a mi madre que llora a su hijo; lanzarme a sus brazos...

Y oigo entonces, bramar tu voz incesante!  
Oigo bramar tu voz, de muerte vago presagio!  
Oigo las lonas que crujen, siento el barco que vuela!  
—Dejo entonces mis dulces sueños y a morir me preparo.

Oh! morir en el mar! Morir terrible y solemne,  
digno del hombre! —Por tumba el abismo, el cielo por palio!  
Nadie que sepa dónde nuestro cadáver se halla!  
Que echa encima el mar sus olas— y el tiempo sus años!

## PROPOSICION DE MATRIMONIO

### — I —

Después de tantos negros desengaños  
que ya sufrí, de tanto amargo lloro,  
de tantos males cuya cuenta ignoro,  
que desde niño me han vuelto a mi;  
cual la esperanza al fin de nuestros años,  
cual el consuelo al fin de la desdicha,  
astro de amor ¡Imagen de la dicha!  
Hurí del cielo! Te he encontrado a tí.

Y tú no sabes cómo yo te amo!  
Oh! Más que patria, amigos, deudos, madre!  
Más que la sombra misma de mi padre!  
Más que la gloria, el mando y el saber!  
Por tí daría de laurel mi ramo,  
por tí daría nombre y apellido,  
por tí daría cuanto soy y he sido,  
por tí daría cuanto puedo ser!

Ay! y ese amor tan vasto y noble, empero,  
no llena más de mi alma el gran vacío  
que el cauce seco de un inmenso río  
puede llenar del campo un vil raudal!  
Amarte más, amándote yo quiero;  
que siento en mí que amarte más podría:  
mas dicho está que el esplendor del día  
jamás aquí saldrá mi amor total!

Es que finito y flaco el hombre nace,  
y del fastidio nadie lo preserva,

es que sin duda al hombre Dios reserva  
para otro mundo y otro ser mejor!  
Es que en la tierra nada satisface,  
ni cosa alguna aquí se ve completa;  
ni el ruego a Dios ni el canto del poeta,  
ni el mal ni el bien, ni el odio ni el amor!

— II —

El hombre es una lámpara apagada,  
toda su luz se la dará la muerte,  
y un nuevo ser —demonio o serafín!  
Al alma el tiempo tiene aquí tapada:  
la eternidad del tiempo rompe el velo...  
La eternidad! —Oh Dios!— Infierno y cielo!  
Odio y amor completos y sin fin!

Odio y amor! Del gran linaje humano,  
que viejo cubre desde Adán la tierra,  
cada individuo el signo oculto encierra  
del mal o el bien, de satanás o Dios.  
De eternidad al lógrego oceano  
llega el instante en que las velas tiende:  
lo que es, entonces súbito comprende,  
y al barro vil por siempre dice adiós!

Tanta verdad que hoy duda, teme, espera;  
tantos oscuros, hondos pensamientos;  
tantos inquietos, vagos sentimientos,  
el hombre entonces faz a faz va a ver!  
Sin nube ya ni en cómoda barrera,  
el justo entonces se verá a sí mismo;  
de Dios entonces el grande, eterno abismo  
su corazón podrá satisfacer!

Oh! tú de Dios impreso el signo llevas  
en tu voz, tu mirada, tu sonrisa;  
y en lo que hoy eres, débil, se divisa  
toda la luz que entonces habrás de dar.  
Entonces! En mí de amor potencias nuevas!  
En tí perfecta tu beldad hoy trunca!  
Hermosa tú, y hermosa más que nunca!  
Amante yo, cual hoy quisiera amar!

— III —

Oh! ¿Qué importa, pues, que aquí y ahora  
el cetro del destino nos aparte,  
si en otro tiempo, al fin, y en otra parte  
me darás tanto y más que puedes hoy?  
¿Ni qué me importa que por una hora  
haya de ser algún rival más listo,  
si el no tendrá lo que él en tí no ha visto,  
lo que yo ví, lo que esperando estoy?

¿Qué le darás?... No más que lo que tienes:  
todo tu amor, amor perecedero!  
Tu rostro hermoso, angélico, hechicero...  
pero que al fin habrá de envejecer!  
Y nada más! Y más no son tus bienes!  
Eres mujer, después serás arcángel:  
oh! que yo tenga para siempre el angel,  
y el tenga aquí cien años la mujer!

Dale aquí, pues, tu amor, tu fe, tu nombre;  
únete aquí con él en firme lazo;  
tu primer beso, tu primer abrazo!  
Dáselo todo —la esperanza a mí!  
Oh! La esperanza! El solo bien del hombre!  
Del pobre, el triste, el viejo, sola amiga!  
Que a lo presente lo futuro liga,  
y hace bajar el cielo al mundo así!

Ah! No me robes este dulce sueño,  
que hoy mi orfandad alegre y mi abandono!  
Dime que allá, y al pie del santo trono,  
tendremos juntos un lugar los dos!  
Dime que allá será exclusivo dueño  
de cuanto el Padre a tí te predestina!  
Que allá, por siempre, para ti, Delina,  
seré el primero yo después de Dios!